

CULTURA DE LA CODICIA, CULTURA DEL CLÍNEX

Un texto de _ A text by _ Michel Camdessus,
EX DIRECTOR GERENTE DEL FMI



→ MICHEL
CAMDESSUS

Director gerente y presidente del Directorio Ejecutivo del FMI, entre 1987 y 1996, repitió como director gerente por un tercer periodo de cinco años hasta su jubilación en el 2000. Es autor de varias publicaciones y colaborador de Naciones Unidas.

EL REPUNTE DE LA CODICIA EN LA ECONOMÍA DE MERCADO Y EL FRENESÍ DEL CONSUMO DE UNOS RECURSOS QUE SE AGOTAN, ES DECIR, LAS CULTURAS DE LA AVIDEZ Y DEL USAR Y TIRAR (DEL CLÍNEX) SON DOS CAUSAS PARA UNA MISMA CRISIS.

□ **LA CRISIS** que estamos atravesando ha puesto de manifiesto carencias institucionales y de regulaciones que el G20 ha encarado promoviendo reformas cuya necesidad había sido ya puesta de manifiesto por la crisis asiática de fin de los años noventa —resuelta esta, desapareció el empeño en corregirlas—. Esperemos que la magnitud del choque presente convenza a los Gobiernos para llevar a cabo lo emprendido. Aun así el mundo permanecería bajo la amenaza de otros percances similares, puesto que hay en

la aldea global una tercera carencia cuyo papel hemos pasado por alto demasiado tiempo, algo difícil de identificar y aun más de corregir, pero que nos toca enfrentar: la carencia de ética.

Se puede observar que en cada una de las etapas de la crisis financiera comenzando con las de las *subprime*, graves faltas éticas han estado íntimamente vinculadas a errores técnicos o profesionales. Esas faltas han sido flagrantes. Es, por ejemplo, contrario a la ética otorgar préstamos arriesgados a personas cuya solvencia está

lejos de poder ser demostrada —es el caso de las *subprime*—. Es igualmente contrario a la ética vender instrumentos representativos de créditos, sin hacer explícita su naturaleza, así como utilizarlos para hacer más rentables instrumentos monetarios que se venden al público sin informar a este de sus riesgos efectivos. Es contrario a la ética, para los inversores y las instituciones financieras, contentarse a ciegas —sin hacer sus propias investigaciones y análisis de riesgo— con las anotaciones de agencias de calificación que,

- > cuando se presentan ante los tribunales pretenden que su propia opinión sea de la misma naturaleza que la de la prensa financiera y que no se pueda esperar de ellas mucha más solidez en sus análisis.

HUBO TAMBIÉN faltas éticas por parte de los reguladores, o de las autoridades financieras, que dejaron establecer un clima en el cual la búsqueda de maximización de los beneficios a corto plazo fue la única ley, y el frenesi de los *traders* y de la ingeniería financiera no solo conoció los pocos límites impuestos por los gestores de sus empresas, sino que además estuvo potenciado por remuneraciones cuyo régimen y cuyos montos eran un desafío a una sana deontología profesional. Y, cómo no mencionarlo, también se podría hablar del simple deber de competencia técnica, del cual muchos directivos de alto nivel parece que se olvidaron.

Se podría, sin gran dificultad, identificar varios ejemplos más de esta mezcla de carencias éticas con errores técnicos. Están en el centro de esta crisis. Vemos así que los principios básicos de unas finanzas al servicio de una economía realmente humana se fueron ignorando; en suma, desapareció ese sentido de la medida de la codicia, esa preocupación al servicio de la comunidad que Adam Smith esperaba de todos los actores de la economía de mercado. En pocas palabras, esta crisis financiera ha sido realmente, y por encima de todo, un desastre ético.

¿Cómo fue posible? ¿Cómo? He pensado mucho al respecto y solo encuentro una respuesta: lo ocurrido se puede explicar únicamente si tales comportamientos se reconocen como arraigados en un contexto cultural en el que la seducción del dinero fue de tal magnitud que produjo ceguera colectiva y desarmó

toda vigilancia. Este fue el contexto que prevaleció a pesar de muchas protestas, incluso nuestras, contra un mundo en el cual todo se hacía mercancía.

Muchos expresaron su malestar, pero desde los años setenta, en los países avanzados, a los que se sumaron más y más los países emergentes o en transición, se permitió la instauración de la cultura del ganar más para consumir más, que se convirtió en razón de ser, si no exclusiva, al menos sí dominante. El ser humano se estaba reduciendo, degradando, a su función exclusivamente económica y el consumo se transformó en destino. La codicia, de manera subrepticia, se hizo políticamente correcta, se apoderó de nuestra cultura colectiva. Todos, de alguna manera, nos sometimos a esta cultura a la que nuestros países se habían dejado arrastrar.

Resulta impresionante observar que la crisis que afecta al medio ambiente y hace insostenible nuestro modelo de desarrollo tiene también sus orígenes culturales obvios en este frenesi del consumo, en el que no existe ninguna preocupación por los recursos que se van agotando. Es la cultura del usar y tirar, que en mi país llamamos cultura del *clínex* por los pañuelitos desechables. Cultura de la codicia, cultura del *clínex*: dos causas para una misma crisis.

ESTA CULTURA del *clínex* nos prepara otra crisis de efectos menos inmediatos pero igualmente —o más— devastadores. Una crisis mayor de tipo ecológico. Este mensaje nos viene de todas partes. La humanidad está chocando con límites que hemos

ignorado, pero que cada día percibimos con más claridad sin que seamos aún capaces de aceptar sus consecuencias. Lo vemos, pero no lo creemos.

Agotamiento próximo, en pocos decenios, de las reservas de combustibles fósiles; problemas más y más agudos con el agua; problemas de seguridad alimentaria; fracaso de la cumbre de Copenhague... Las cosas están claras: ambas crisis, la de la codicia y la del *clínex*, son campanadas que anuncian el mismo mensaje. Y no conseguiremos sobrepasar de verdad esta crisis sin emprender profundos cambios en nuestros comportamientos colectivos.

Ante las ruinas dejadas por una cultura y un sistema económico que únicamente consideraban al ser humano como productor, consumidor o ahorrador, solo existe una salida sostenible: generar una nueva cultura basada nada menos que en un nuevo humanismo, en unos valores de

responsabilidad, orientando nuestras sociedades de manera cabal y compartida hacia comportamientos más respetuosos con nuestro entorno. Una cultura más austera, del ser, más que del tener, poseer y consumir.

Veo en estos valores que el sentido de la responsabilidad es la condición para alcanzar la supervivencia de miles de hombres y, desde luego, de las empresas, puesto que exige un gran esfuerzo para dar vigencia a esta nueva responsabilidad social. Más allá de la importancia de la responsabilidad social en las empresas, la tarea de fortalecimiento ético de nuestras sociedades es inmensa y se impone a todos los que, en el terreno cultural o espiritual, tienen cierta influencia sobre nuestras sociedades y pueden contribuir —hablando como los latinoamericanos— a la concientización de la opinión pública. Ojalá se empeñen estos líderes espirituales y culturales en aunar sus fuerzas con ese objetivo.

NO HAY razones fundamentales para que la economía de mercado sea la economía del cinismo y de la codicia. No hay mayor fatalidad que el hecho de que nuestra sociedad continúe siendo consumista, materialista y avariciosa, y que solo ofrezcamos a nuestros hijos como destino el consumo.

Tenemos, pues, que reconstruir un sistema más digno, basado, no solo en este valor de responsabilidad, sino también en la globalidad, la solidaridad y la ciudadanía universal. Solidaridad, particularmente con los más pobres, a nuestras puertas, a 14 kilómetros de las orillas de España, ahí se juega nuestro destino de seres humanos.

Y ciudadanía global, porque somos parte, somos ciudadanos, de la aldea global, debemos de actuar en ella como ciudadanos.

¿De qué serviría cambiar las instituciones internacionales, crear nuevas instituciones, si no las habitamos, si no nos apoderamos de ellas y no las utilizamos para un bien común universal? ¿De qué serviría adoptar reglas más precisas, si se han de ignorar, si toda la creatividad de los actores se consagra a encontrar las maneras más ingeniosas de deshacerse de ellas? Más allá de todas estas reformas pendientes, se trata de inventar otro modo de actuar en el ámbito económico. Si lo intentamos con perseverancia, esta crisis no habrá sido del todo inútil y podremos comprobar que el dicho español “no hay mal que por bien no venga” conserva toda su vigencia. □